

aquel "estado poético" de que habla Valery. No debemos olvidar que en el arte también rige ese aforismo: "la letra mata, el espíritu vivifica".

En cuanto a combinar el uso del plural y singular en la rima del soneto, como acontece en el primero del volumen: "Guitarra Solitaria", no es un pecado capital contra esta combinación métrica.

Entre los romances, aquel "Llanto por Federico García Lorca", es digno de la vena poética, expedita, grácil y airosa del malogrado gaditano. Es una elegía con mucho de dramatismo del granadino autor del "Romancero Gitano": "Hay un lamento gitano / recorriendo las gargantas. // Hay un sollozo en la esquina / y hay una pena en la plaza".

Pero *Guitarra solitaria*, fuera de su valor artístico inobjetable, revela la alta calidad del autor, como hombre y cristiano, cuya alma sencilla y humilde se transparenta en las páginas de su obra poética, ya madura, no obstante su juventud.

<https://doi.org/10.29393/At412-57BNFA10057>

*El bandido Neira*, de RENÉ LEÓN ECHAIZ. Ed. Orbe, 1965

Diego Barros Arana, en el tomo XI de su documentada *Historia General de Chile*; Benjamín Vicuña Mackenna, en la amena *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago*; Tomás Guevara, en la concienzuda *Historia de Curicó*; Francisco Antonio Encina, en el tomo VII de su moderna e intuitiva *Historia de Chile*, y otros historiadores, biógrafos y novelistas, cuentan sucintamente la sanguinaria vida del mañoso bandido José Miguel Neira, que sembró el terror en los campos y ciudades, desde Maule hasta Cachapoal, en los últimos días de la Colonia y en los primeros años de la Independencia. Sin embargo, ningún escritor chileno había intentado escribir la biografía de tan siniestro personaje, a quien José Miguel Infante pretendió convertir en héroe de la Emancipación. No era fácil la tarea; para emprenderla, el autor debía reunir, a la vez, eximias condiciones de historiador y novelista; y estas cualidades no suelen andar juntas en los hombres de letras. Felizmente, la literatura chilena se ha acrecentado considerablemente, y el historiador René León Echaiz, célebre ya por su obra: *Francisco Villota, el guerrillero olvidado*, hizo una seria investigación acerca del astuto y bellaco salteador, que se burló, durante veinte años, de las escasas e incipientes fuerzas policiales de la Colonia y de la Patria Vieja; y en seguida escribió una biografía apasionante, con mucho de la novela y el cuento policial.

*El bandido Neira*, de René León Echaiz, es la primera obra de esta naturaleza que produce nuestra literatura, y ella está plenamente lograda, y por lo mismo, alcanzará numerosas ediciones. Tiene, de la historia y de la biografía, la exactitud rigurosa, y de la novela, la narración fantástica y las descripciones patéticas de los sangrientos sucesos relatados.

Es tan extraña la figura de Neira, que, a veces, en la pluma de León Echaiz no parece un personaje real, sino un tipo fabuloso, inventado por el hábil biógrafo para distraer al lector.

Si no fuera tan verídico el bandido Neira, si Chile no hubiese padecido sus crueldades, la presente biografía habría sido una perfecta novela histórica, la única de nuestra literatura, porque éste es uno de los géneros difíciles: no siempre, como ya se dijo, se aunan en el escritor, el erudito con exacta visión del pasado y el estilista capaz de ofrecer un cuadro vivo del tema y un retrato acabado de los protagonistas.

Confieso que había recibido muchos libros antes del *Bandido Neira* y todos esperaban el turno para la lectura; pero fue cosa de poner los ojos en la primera página y, como por obra de encantamiento, no pude soltar el volumen hasta terminarlo. No soy aficionado a la literatura policial; sin embargo, esta biografía del salteador criollo me interesó y me distrajo de inmediato.

*El Bandido Neira* me transportó a otro mundo, tiene la virtud de sacarlo a uno de la rutina diaria y llevarlo, como embrujado, a la época aciaga de esos horrendos crímenes.

Por lo general, la lectura de las obras históricas y biográficas, salvo algunas honrosas excepciones, aunque estén muy bien escritas, causan tedio, sopor, y no distraen. Es cierto que las vidas de los malhechores tienen especial atractivo, se prestan para escribirlas bien y novelarlas; mas la tarea no es fácil para las plumas torpes, desprovistas de agilidad, fantasía, y conocimientos especiales sobre el tema. Si los autores anhelan ser leídos, no sólo deben adoctrinar, sino también divertir. En nuestro tiempo se escribe mucho y, naturalmente, tanto los críticos como el público, prefieren las obras entretenidas, aquellas que, junto con enseñar, deleitan, como dijo Horacio: "Deleitando y enseñando al propio tiempo al lector" (*Lectorem delectando pariterque monendo*).

René León Echaiz es uno de esos historiadores y biógrafos que saben contar las cosas con viveza, ajustándose a la verdad.

En *El Bandido Neira*, la historia viene en ayuda de la biografía; el escenario de la obra es la historia de la Colonia y de los primeros años de la República. Comienza por relatar la trágica existencia de un niño, ovejero de la hacienda de Cumpeo, a quien los malos tratos y crueles castigos, recibidos de su padre y del capataz, le encaminaron por la senda del crimen.

Manuel Rodríguez, José de San Martín y José Miguel Carrera, especialmente los dos primeros, no quedan muy bien puestos en la obra desapasionada y veraz de nuestro autor. Muy noble era la causa de la libertad de Chile; pero "el fin no justifica los medios": hacer coronel de milicias a un bandido tan avieso como Neira, y enviarle una carta en la cual se le dice que "está trabajando bien. Siga así y Chile es libre de los maturrangos", constituyen desdoro para San Martín.

En Mendoza, el libertador no ignoraba que "Neira nunca pasó de ser un simple bandido", aunque con casaca de coronel primero, y de mayor después<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Fco. A Encina. T. VII, pág. 206, *Historia de Chile*.

Las fechorías del singular saltador, no obstante sus esporádicos servicios a la causa de la Independencia, le llevaron al patíbulo, por orden de Freire, en 1817.

Diecisiete años más tarde, el patricio José Miguel Infante, tan iluso como ingenuo, escribió en "El Valdiviano Federal" para reivindicar la memoria de Neira, a quien coronó con la aureola del "héroe" y convirtió en "viriato chileno". Pidió explicaciones a Freire por el fusilamiento, pero el general, entonces desterrado en Lima, "guardó total silencio".

La apasionante biografía de Neira, escrita con extraordinaria animación por René León Echaiz, pasará a ser un obra clásica en la literatura nacional.

*La flauta en el horizonte.* Novela de ELIANA CERDA. Ed. Universitaria. 1965.

En general, la obra prologada por un escritor respetable y sincero, de esos que dicen "sí sí, no no", se comienza a leer con cierta confianza; algo de esto ocurre con *La flauta en el horizonte*, de Eliana Cerda, sobre la cual un crítico tan exigente como Guillermo Blanco, declara: "Luego de leer estos relatos, el prologuista se siente inevitablemente superfluo. Pide excusas al lector desde el título. Pero, al propio tiempo, no puede contener el deseo de entregarle una impresión o dos".

"La más fuerte, que aquí hay una literatura a-literaria, sancada de retórica. Ni eso: sancada no: una literatura que no parece haber oído hablar siquiera de técnicas, recursos, fórmulas. Que tenía en una mano la escena viva en el recuerdo —o en la imaginación, o en ambos— y en la otra mano las palabras, la capacidad de crear, y las dejó juntarse con la más simple naturalidad". (Págs. 9 y 10).

Terminada la lectura del libro de Eliana Cerda, uno exclama espontáneamente: ¡Qué buenos valores literarios tienen las nuevas generaciones femeninas en Chile! La autora de *La flauta en el horizonte* es una de esas jóvenes escritoras que saben decir las cosas con delicadeza y ternura de mujer, pero sin recurrir a la cursilería en la cual resbalan tantas que quieren pasar por literatas y sólo logran caer en lo trágico.

En este libro breve, optimista, exento de las procacidades e inmundicias de la moda literaria, los recuerdos de la niñez y de la adolescencia se han convertido en una especie de novela, o tal vez de cuento, por la brevedad de los relatos, en los cuales la protagonista no es un ser irreal, sino la misma autora.

A través de estos recuerdos-novelados, Eliana Cerda toca levemente, con distinción innata, algunos problemas de actualidad; en ellos despunta la ironía punzante y el buen humor de la autora, cuya felicidad se deja ver en las páginas de *La flauta en el horizonte*.

De intensa emoción es la escena aquella en la cual Maurice se aferra de la madre de la cual debe separarse como consecuencia del divorcio de